

Camina lentamente, borracha de tristeza, ajena al trasiego de gentes en un ir y venir sin fin, la alegría de la calle llena de vida, el alboroto confuso de sonidos... Tiene la mirada perdida en el infinito y los ojos hinchados por el llanto.

Al toque y repique de campanas, alza la vista. Un viento helado le golpea el rostro despeinándola. Se aparta el cabello mojado de la frente. Siente que el alma se le cae a pedazos. No puede dejar de llorar, no puede contener las lágrimas.

Cruza la plaza. Sube los escalones y accede al templo por la puerta del muro lateral. Pasa bajo la arquivolta de la entrada. Camina hacia el presbiterio por un pasillo húmedo y frío de piedras milenarias. Se detiene frente al altar bajo una pintura moderna que representa la creación.

Busca apoyo en un banco cercano. Siente que va a caer al vacío. La vida le pesa demasiado. Respira hondo, cierra los ojos y los deja descansar unos instantes entre sus manos. Se deja envolver por la oscuridad del silencio.

Segundo a segundo, va despojándose de todos los temores que durante años se le han ido pegando a la piel. Siente la fuerza en su interior y acepta que no puede detenerla. No puede seguir aprisionando sus sentimientos. Todos la condenarán, pero ya no le importa. Está preparada. Lleva años preparándose para este momento.

Está frente a él. Jamás amó tanto antes ni lo hará después. Grita que lo ama y lo besa por primera y última vez. Es tarde. Demasiado tarde. Él ya no puede responderle. Las campanas doblan de nuevo.